

Larrousse examina luego las modificaciones del *biscaïen* hasta su transformacion en las llamadas *granada* y *obus*.

Nada más ha encontrado que decirle un amigo suyo desocupado y

LECTOR DEL CASINO.

* * *

52. CHARRAN. (Tomo VII, núm. 87, pág. 527).—La interesante Revista que con el titulo de *El Averiguador Universal* vé la luz mensualmente en Madrid, ha reproducido en su número correspondiente al 15 de Diciembre último la pregunta con que encabezainos estas líneas, publicada en la EUSKAL ERRIA, incluyendo en el mismo número la siguiente brevíssima contestacion de su ilustrado director:

«En un diccionario vascongado con las correspondencias latina, española y francesa, Ms. de mi propiedad, de letra, al parecer, del siglo pasado, leo lo siguiente:

»CHARRA. Parvus, despicabilis. Lat.—Ruin. Esp—De peu de valeur, d'importance. Fr.»

Tal es, á mi parecer, el origen de la voz cuestionada.—JOSÉ MARÍA SBARBI.»

* * *

52. CHARRAN. (Tomo VII, pág. 527, núm 87).—Esa voz charran parece provenir del bascience *char*, *charra*; *malo*; *dañino*, *ruin*; *impropio*, *inadecuado*, *de mal gusto*. Significando pues *charrana* y *charrena*, *el peor*, *el mas ruin*; *el mas impropio y de peor gusto*, suprimiendo el articulo a, bien se le acomoda la palabra charran al tipo malagueño, descrito por Ramon Castañeira en el libro titulado *Los Españoles pintados por si mismos*. Del mismo origen parecen proceder las voces *charro*, *charra* y *charrada*, aplicadas á adornos de mal gusto, á personas toscas, y á los *aldeanos* de la provincia de Salamanca.

Se dice tambien *charrena* y *cherrena* del diablo, demonio ó espíritu maligno, además de sus nombres de *deabrua*, *diabruba*, *guizkiña*, etc.; como que es el peor de todos los seres racionales. Con el epiteto *dongea* ó *cherren-dongea*, se vé recargado en la poesía de Arrese á la Inmaculada. (EUSKAL-ERRIA, T. VII, pág. 521). Y las religiosas Brígidas de Santa Cruz de Azcoitia llaman *imperruco charrena* á un gran culebron ó sierpe, que por diversion y desprecio del maligno suelen á veces arrastrarle por los tránsitos del convento.—JOSÉ IGNACIO DE ARANA.

